

SANTA TERESA Y LA VENERABLE

Parece cosa fuera de toda duda que, allá en el tiempo en que la Venerable andaba planeando en su mocedad y buscando trazas de cómo y en dónde podría realizar el llamamiento que Dios le hacía de que entrase en la Orden de su Madre, se conocieron y hablaron personalmente en Valladolid la Santa Fundadora y Ana, su hija, manifestándole ésta sus vehementes ansias de entrar, cuanto antes, en la Reforma y proponiéndole, aquella, para que las satisficiera sus conventos de Valladolid, Medina y Malagón.

Aficionadas entre sí quedaron, desde aquel tiempo, la Santa y la Venerable; afición y amor que, en el correr de los días y en las vicisitudes de la vida, aumentaron en grado tal que «parecían haberse trocado los corazones o habiéndose unido los dos en uno por la similitud que entre sí puso la divina Providencia».

Tantas maravillas habían contado a la Santa, las religiosas de Malagón, que acaecían en el espíritu de la Venerable, y tales temores y hasta incertidumbres corrían entre la comunidad que la principal razón del viaje que hizo allá Ntra. Sta. Madre, en el año 1579, fué para examinarlo por sí misma, «Me mandó, dice la propia Venerable, que le diese cuenta, de todas las cosas que me pasaban. Yo la obedecí, y por esta gran Santa Madre fui consolada» No solamente llevó la Santa el consuelo a su hija tan querida, sino la tranquilidad y certeza a las demás religiosas.

Tan complacida quedó la Madre Teresa de aquella hija, tan favorecida de Dios con mercedes que, andando como preparando la fundación de esta casa, de Villanueva de la Jara, puso los ojos en la Venerable para traerla aquí, como una de las fundadoras. Oigamos a la Venerable: «Venía nuestra Santa Madre a fundar el convento de Villanueva de la Jara y estuvo en Malagón algunos días, y uno acabando de comulgar, llegué a darle el lavatorio, y díjome si quería yo ir con ella a la fundación, y le respondí que, *en su compañía, aunque fuera al cabo del mundo iría*. Donosísima respuesta que nos permite ver hasta el entrañable amor filial y sin límites que guardaba el corazón de la Venerable para con la Santa Madre Teresa. Esta por su parte, tampoco le ocultaba el que en su corazón había para con aquella que forma parte, y muy principal, en el grupo de hijas predilectas.

Cierto que en el extenso Epistolario de la Santa Fundadora, una sola carta hallamos, dirigida a la Venerable, pero no lo es menos que debieron de ser muchas las que irían de acá para allá, entre Madre e hija. Aún así nuestros lectores podrán saborear a su placer las ternezas que ella descubre y el cariño que la profesaba: Jesús sea con Vuestra Caridad y me la guarde, amén, y haga tan santa como deseo que sea. Harto me huelgo de que me dice que me encomienda a Dios, y el P. Fr. Gabriel también me lo escribe. Quiera Su Majestad que no se olvide de hacerlo, que no se yo si ella me quiere tanto como yo la quiero, que no se si nos tiene engañados a mí y al P. Fray Gabriel; por eso, mire lo que hace.

Dios la perdone, que yo la digo que me dan tanto contento sus cartas que no lo podrá creer. No me deje de escribir siempre, y dígame cómo le va con el P. Fr. Gabriel que pienso que para ella le volvió ahí Nuestro Señor, que yo harto lo deseaba, y quisiera que volviera ahí por prior para que le tuviera más cierto, aunque yo creo lo estará ahora con el ayuda de Dios, y creo las hará tanto bien de una manera como de otra; porque quien tiene el amor que Su Reverencia las tiene, no le faltará ocasión para ejercitarle. Yo haré lo que pudiere para que no se lo lleven de ahí, que, cierto, yo le quiero mucho, y me pesaría harto si le mudasen.

De que le vea, dígame que San Bartolomé se le encomienda mucho, y que le dió mucho contento que Su Reverencia se acordase della; que le pide, por caridad, la encomienda a Dios, que ella lo hace por Su Reverencia, aunque pobre y miserable; y a Vuestra Caridad pide lo mismo, y no lo deje de hacer por lo que la debe, que son muy amigos, y quédese con Dios, que la haga Su Majestad muy santa.

De Palencia. Es otro día después de la fiesta de la Trinidad.

De Vuestra Caridad sierva, Teresa de Jesús.»

Graciosamente dice la Santa que no sabía si la Venerable la quería tanto como ella quería a la Venerable. Desde el cielo miraría, complacida, cómo sabía cumplir la Venerable la palabra empeñada en Malagón de ir en su compañía al cabo del mundo, puesto que más lejos aun todavía acompañaron a la Madre los amores de su hija. Así, cuando llegado el tiempo de la Beatificación de la Santa se repartieron los gastos que aquella ocasionaba, y cupo a Valera, en